

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 343

Barcelona, 10 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

...en los  
cuales empie-  
zan a hallar  
merecida recompensa  
el valor de las tropas,  
la capacidad de los  
mandos y los desvelos  
de V. E. al frente de  
su Departamento.

## LA IMPOTENCIA DE FRANCO

Lo que ha sucedido a Franco en Teruel es, sin exageración, como para que un generalísimo piense en la dimisión y el destierro voluntario y hasta en el suicidio. Se ha dejado sorprender cuando, por su parte, preparaba una sorpresa. Se ha dejado arrebatar un campo atrincherado, una plaza fuerte y una guarnición considerable, que pertenecían táctica y estratégicamente a su frente lineal de Aragón. Ha intentado inútilmente recobrar las posiciones y libertar a los sitiados. Ha tenido que desarticular sus columnas de choque y mellar las unidades escogidas que destinaba a ser el hierro de su lanza. Ha debido desbaratar sus planes de grandes ofensivas sobre Levante y Madrid...

Y mientras sus fuerzas se agotaban y desangraban en inútiles embestidas a nuestras líneas teruelenses, se rendía Rey d'Harcourt con sus últimos soldados.

\*\*\*

Tiene Franco sobre las armas, entre mercenarios, divisiones expedicionarias italianas, soldados de línea, requetés, falangistas, guardias civiles, etc., etc., casi un millón de hombres. Dispone de un inmenso y perfeccionadísimo material de guerra, que aumentan a diario, con sus remesas continuas, Italia y Alemania. Sin embargo, no ha logrado impedir la toma de Teruel por los republicanos, aunque movilizó un ejército de 50.000 hombres, mandado por Aranda, Dávila y Varela, y aunque ha sacrificado en el empeño muchos miles de soldados, pertenecientes en su mayoría a batallones, escuadrones, tabores y banderas reputados como los más disciplinados, ágiles, sólidos y duros de todos los cuerpos franquistas de España y Marruecos.

Este es el hecho. El hecho en sus tres dimensiones. El hecho tal y como aparece a los ojos asombrados del mundo.

Rey d'Harcourt resistía en Teruel porque Aranda, Dávila y Varela, de orden de Franco, le ordenaban que resistiese. Ya iban en su auxilio. Vertiendo sangre a torrentes, poniendo a contribución todos sus medios mecánicos, abrumándonos con sus espantables tormentarias terrestres y aéreas, llegaron a Conocud, a San Blas, a La Muela. Ya estaban cerca. Sus cañonazos alentaban a los sitiados y Rey d'Harcourt y su segundo, Barba, dejaban, impasibles, que se murieran en el Seminario, y el Convento de Santa Clara y el Gobierno Civil, y el Banco de España y el Hospital de la Asunción, las mujeres y los niños, faltos de alimentos, de agua, de medicinas y hasta de aire respirable.

Pero no pasaron, les detuvo una muralla de hierro y de carne. Las bayonetas salían de los corazones que se habían acostumbrado a no temblar ante la muerte. Y los moros, los legionarios, los requetés navarros, los guardias civiles, los italianos «flechas negras», cayeron a millares sobre la nieve, que de blanca e impoluta se tornó sucia y roja...

Y allí quedó el orgullo de Franco, de Franco el idolo de pies de barro, de Franco el nacido para segundón y elevado por el azar a un puesto de primer plano que no corresponde a su «moral» e intelectual estatura, de Franco el mediocre, despreciado por Ludendorff, que supo señalar, con huida crueldad meticulosa, sus errores de militar de oficio...

Franco llorará, pensando en Teruel, como lloró Boabdil al alejarse para siempre de Granada. Se dejó en la ciudad de los amantes su reputación de estratega y su falsa gloria de generalísimo. Y los silbidos del engaño público universal empiezan a oírse ya, rasgando los aires que envenenan con sus mentiras las radios rebeldes...

F. V.

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

## La situación de Teruel, según el gobernador general de Aragón

Caspe, 8.—Esta mañana hemos visitado al gobernador general de Aragón, don Juan Ignacio Mantecon, que acaba de llegar de Teruel, donde, con excelentes disposiciones, ha contribuido de manera magnífica a restablecer la vida ciudadana en dicha población.

Mantecon nos ha dicho:

—La población civil de Teruel acogió, desde el primer momento, a nuestras fuerzas como al verdadero Ejército salvador.

Respecto a los servicios de evacuación, nos ha hecho presente el gobernador general que funcionan normalmente y han sido atendidas

(Continúa en la página siguiente)

## Teruel, limpio de facciosos

La cifra de rendidos militares es un centenar de jefes  
y oficiales y más de dos mil quinientos soldados

En la línea exterior se combatió intensamente frente a las posiciones ganadas por nuestras tropas el día anterior

### COMUNICADOS OFICIALES

EL DE ANOCHE

LEVANTE.—En la línea exterior de Teruel se combatió intensamente frente a las posiciones ocupadas ayer por nuestras fuerzas en la zona de La Muela y en las cotas 1.076 y 1.062, sin que el enemigo obtuviera la más mínima ventaja.

En el resto del frente hubo fuego de cañón, sin consecuencias, registrándose, además, una pequeña demostración enemiga por el sector de Celadas, que fué rechazada con gran facilidad.

Nuestra aviación realizó vuelos de ametrallamiento sobre diversas concentraciones.

La aviación enemiga mostró hoy mucho menos activa que en las anteriores jornadas.

DEMÁS EJERCITOS.—Sin novedad.

### LA CONQUISTA DE TERUEL FELICITACION DEL JEFE DEL ESTADO

Entre el Presidente de la República y el ministro de Defensa Nacional se cruzaron anoche los siguientes telegramas:

«Presidente de la República a ministro de Defensa.—Al producirse la ocupación total de la plaza de Teruel por el Ejército de la República, acepte V. E. y sirvase transmitir a las fuerzas dependientes de su autoridad que toman parte en aquellas operaciones, mi felicitación cordialísima y los sentimientos de admiración y gratitud que todos los españoles defensores de la independencia y libertad de nuestra patria les ofrendan por los resultados ya obtenidos, en los cuales empiezan a hallar merecida recompensa el valor de las tropas, la capacidad de los mandos y los desvelos de V. E. al frente de su Departamento.—Salúdole afectivamente.—Manuel Azón».

«Ministro de Defensa a Presidente de la República.—Agradezco profundamente su afectuoso telegrama con motivo de haber quedado concluida la ocupación total de la plaza de Teruel por nuestras tropas, a las cuales doy traslado por medio de sus jefes de las alentadoras frases que les dirige el Jefe del Estado».

### FELICITACION AL EJERCITO

La orden general del día 8, dirigida al Ejército que participa en las operaciones de Teruel, dice así: «En la tarde de ayer y mañana de hoy, se han rendido en la plaza

de Teruel los últimos reductos rebeldes que hacían frente a nuestras tropas, así como las autoridades que dirigían la defensa.

Teruel pertenece desde hoy totalmente a la República, y el Ejército Popular, que vió terminada felizmente su maniobra ofensiva el pasado día 22, y que a partir del 29 contiene briosamente los ataques de la contraofensiva rebelde, puede ver hoy con esta victoria totalmente terminado el plan trazado por el Mando y afrontar, persuadido de su fortaleza y de su disciplina, con seguridad en la victoria, los próximos días de lucha.

Podéis estar satisfechos de vuestro comportamiento militar y aun más de vuestro proceder humanitario con los vencidos.

El Mando proclama con satisfacción la ejemplar conducta de los combatientes del Ejército Popular español, que han sabido olvidar el apasionamiento de la guerra y recibir, tanto al personal civil, como a los militares evacuados, prisioneros o rendidos, con el respeto que merece su calidad de vencidos y con el cariño que corresponde a su condición de españoles.

El Gobierno de la República me encarga haga presente a todas las unidades, jefes, oficiales, comisarios y soldados de los ejércitos de maniobra, de Levante, de la Aviación y de la D. E. C. A. que han tomado parte en estas operaciones, su efusiva felicitación a la que uno la mía, preñada de fe en los destinos de España y en la victoria de la causa popular.

Puesto de Mando, a 8 de enero de 1938.

De orden del ministro de Defensa Nacional.—El general jefe del Estado Mayor Central, Vicente Rojo».

### LOS MILLARES DE EVACUADOS. UN DOCUMENTO DEL OBISPO DE TERUEL

El parte numérico correspondiente a los evacuados ayer, viernes, del Hospital de Teruel, consigna estas cifras: 40 jefes y oficiales; 400 soldados; 700 heridos entre militares y paisanos y otras mil personas pertenecientes a la población civil.

Las cifras aproximadas de los rendidos a primera hora de esta tarde en las ruinas del Seminario y del convento de Santa Clara, son 2.000 combatientes y 2.000 personas civiles.

En la relación de prisioneros de hoy figuran los coroneles Rey

d'Harcourt, Barba y Gasca; otros ocho jefes y cincuenta oficiales, incluso un hijo del almirante faccioso Magaz.

El obispo de Teruel, don Anselmo Polanco y Fanseca, ha entregado al Mando un documento suscrito por él espontáneamente y que dice así: «Tengo sumo gusto en testificar que desde mi evacuación del Seminario de Teruel hasta mi llegada a la estación de Rubielos de Mora, se me han guardado toda clase de consideraciones y que de corazón agradezco».

### HOSPITALIZACION DE HERIDOS Y ENFERMOS

El ministro de Defensa Nacional ha recibido el siguiente telegrama del jefe de los Servicios de Sanidad del Ejército de tierra, telegrama expedido en Valencia a las nueve y veinte de la noche:

«A las diecisiete horas hoy recibí a su llegada tren hospital número 3, conduciendo 84 heridos propios y 161 heridos y enfermos procedentes guarnición enemiga rendida ayer Teruel, quedando hospitalizados. Estos últimos, en deplorable estado suciedad y depauperación, llevaban varios días sin curar, siendo convenientemente asistidos; quedaron alojados en clínicas dependientes Hospital Militar base de esta plaza y custodiados por tropas Sanidad Militar, que los mantiene aislados demás enfermos. Salúdale respetuosamente».

### El bombardeo de antes de ayer sobre Barcelona

OTRAS VEINTE VICTIMAS,  
ENTRE ELLAS DOS NIÑOS  
DE CINCO AÑOS

El Ministerio de Defensa Nacional nos facilita la siguiente referencia del bombardeo de anteayer:

«Aviones facciosos aparecieron sobre Barcelona minutos antes de las seis de la tarde, arrojando varias bombas en diversos parajes de los alrededores de la ciudad.

»Entre los muertos—aproximadamente una veintena—figuran dos niños de cinco años».

### 4.000 ITALIANOS MAS

Gibraltar.—4.000 italianos procedentes de Marruecos, que desembarcaron en el Puerto de Santa María, se disponen a salir para Teruel.

A Ceuta han llegado 100 aviadores italianos «para prestar servicio en Marruecos».

(«Daily Herald», 3-1-38.)



# La República española es así Ha fracasado la guerra totalitaria

Es posible que alguien — este alguien no vive o no merece vivir en nuestra España — se sorprenda de la actitud moral, humana y noble, que la República ha adoptado frente a los facciosos que en los dos últimos días se han rendido en Teruel, después de quince días de resistencia, por estéril, cruel e innecesaria. A nosotros no nos puede sorprender, claro está, porque ese ha sido el tono moral de la República desde el mismo día de su instauración y que la guerra no ha rebajado. Que en ciertos momentos el Estado republicano no pudiera reprimir algunos excesos, culpese de ello a los mismos rebeldes, que lo habían dejado merme. En la República española no se han consentido otros desmanes que aquellos que la falta de fuerza coactiva impidió contener. Desde que el Estado español se rehizo y recompuso sus organismos desbaratados por la rebelión, la República ha sido igual a sí misma. La prueba de Teruel no nos dice a nosotros nada nuevo. Pero no estará de más que le sirvamos de resonadores para que oigan quienes no han querido oír. Verdad es que ahora, probablemente, resultará que tienen fino oído los sordos integrales de los pasados dieciocho meses. Al llegar aquí no podemos por menos de dedicar un recuerdo a mister Eden, el más ilustre de los sordos.

Unos miles de hombres, militares los más, civiles los otros, y entre éstos, mujeres y niños, engañados por las falacias de sus amigos, intentaron en Teruel una resistencia desesperada. Cuando, pasados unos días se convencieron de que las falacias de sus amigos eran falacias, decidieron entregarse a la merced de la República. Parlamentaron, se avinieron a las condiciones que los representantes de la República imponían, y comenzó el desfile. La palabra de honor de un militar republicano es intangible y todo se ha cumplido con arreglo a ella. El respeto más absoluto

recibió a los vencidos, por parte de nuestras tropas.

En otro lugar de este número, encontrarán los lectores el documento que, libremente, ha firmado el obispo de Teruel, en la estación de Rubielos. Reconocimiento explícito, y quizá un poco asombrado, del trato hidalgo que la República sabe dar incluso a quienes no lo merecen. Porque hay que decirlo claro. Los rendidos de Teruel ¿son en realidad prisioneros de guerra? No; son militares rebeldes, españoles sublevados contra su Gobierno legítimo y traidores a su patria por pactos con potencias extranjeras. Sobre ellos puede caer instantáneamente el Código de la Justicia militar a la que están sujetos, y nadie podría oponer el más ligero reparo de carácter moral ni legal. Pero la República, sin que esto suponga renuncia a sus derechos, que administrará, naturalmente, en la medida precisa, antepone su sentido de humanidad y de nobleza. Hace más. Los facciosos rendidos han llegado a nuestro campo maltrechos, enfermos, muchos de ellos heridos. Las primeras órdenes que el ministro de Defensa cursó, apenas notificada la rendición, fueron para que acudieran a Teruel y se hicieran cargo de todos los prisioneros necesitados de cuidados, todos los equipos sanitarios disponibles. Y allá acudieron: médicos, practicantes, enfermeros, con el material sanitario más eficaz. Nadie sufrirá sino los rigores de la ley más justa. Porque la República es ante todo eso, justicia, y la justicia, para merecer tal nombre, no ha de perder lo que la República ha sabido darle siempre: respeto humano para los mismos que han de padecer, mercedamente, sus rigores, después de aguilatadas, fría, serenamente las respectivas responsabilidades y con acuerdo estricto a ellas.

(«La Vanguardia». Barcelona, 9-I-38.)

## NOTA INTERNACIONAL

# El rearme naval

El rearme naval entra en su fase decisiva. Alemania anuncia el aumento de su flota de sumergibles y construye a toda prisa acorazados de «bolsillo». Italia no se recata en dar publicidad a las nuevas construcciones navales. Los Estados Unidos preparan también una nueva flota para el Atlántico. Inglaterra tiene aprobados planes para construir una flota tan potente que pueda cuidar de todos los mares adonde llega su influencia de primera potencia marítima. También el Japón tiene en los astilleros nuevos buques de guerra. Aun cuando los técnicos militares siguen considerando que el arma decisiva en la guerra próxima será la aviación, lo cierto es que todas las naciones atienden con la misma intensidad el rearme naval.

La carrera de los armamentos continúa en proporciones insospechadas. Dijérase que el conflicto general se considera inminente. Las audacias fascistas se manifiestan ya con caracteres tan alarmantes, que si los países adheridos sinceramente a la causa de la paz no actúan con rapidez para ponerse en condiciones de responder a la agresión, ésta puede decidir en poco tiempo el destino de la humanidad. Quizá por eso Inglaterra, que tiene necesidad de mantener la preponderancia naval, toma sus medidas sin perder de vista el problema del rearme de sus enemigos todavía enmascarados en las habilidades diplomáticas.

Hace poco, escribía un técnico, pasando revista a las iniciativas de los principales países en materia de armamentos navales: «Nunca, ni en los tiempos de mayor poderío y desarrollo naval, Inglaterra tuvo tantos barcos de combate, ni tantos cruceros en construcción como ahora. Pero necesitará algún tiempo para que todo este programa de construcciones sea una realidad y los barcos salgan al mar. Las marinas de guerra se construyen bastante más despacio que las flotas del aire. Antes de 1940, ningún barco de combate inglés estará preparado para emprender el camino del Extremo Oriente, a no ser que la política británica acepte deliberadamente debilitar sus flotas del mar del Norte o del Mediterráneo. Después de esto, ya se explica un poco mejor la actitud de la Gran Bretaña frente a los excesos de las potencias fascistas, deseosas de aprovecharse de este plazo fatal para lograr ciertas ventajas a costa de la prudencia ajena. Es claro que si el fascismo italiano trata de quebrantar el equilibrio mediterráneo, lanzándose a determinaciones te-

merarias, encontrará necesariamente la respuesta de Inglaterra, que puede ceder en muchos puntos secundarios de su política continental, pero que no cederá un milímetro en influencia marítima, puesto que es una isla con necesidades y exigencias distintas a las de los pueblos que tienen fronteras terrestres.

Inglaterra podrá hacer su rearme naval con toda holgura e invirtiendo en él cuantas sumas necesite. Lo mismo les sucede a los Estados Unidos. No en vano esas dos naciones tienen capacidad económica suficiente para lanzarse a toda clase de empresas, por gigantescas y difíciles que parezcan. No les sucede lo propio a Italia y Alemania, que carecen de materias primas y de crédito exterior para alcanzar la meta de sus proyectos militares. Ni siquiera puede hacerlo el Japón, que a cada plan de rearme tiene que gravar con nuevos impuestos a los campesinos y a los industriales. La Alemania nazi pasa por el momento más agudo de su crisis. La autarquía de Goering, uno de los mayores «bluffs» de la política contemporánea, hunde cada vez más en la miseria al pueblo alemán y tropieza con obstáculos económicos tan formidables que un Schacht, quizá el hombre más inteligente del nazismo, tiene que dimitir porque las ruedas del Estado se han hundido de tal manera en el conflicto financiero que no hay quien pueda ponerlas en marcha. La única solución sería abandonar el rearme y atender a la producción pacífica. Eso pugna, sin embargo, con el criterio imperialista de Hitler.

Italia quizá esté todavía en peor situación. No tiene dinero, ni tiene siquiera hierro para la industria pesada, a pesar del saqueo que está llevando a cabo en España. En ese estado quiere desarrollar un vasto programa naval. Lo más probable es que se quede en una jactancia más de Mussolini.

Mientras tanto, Inglaterra y los Estados Unidos ponen en marcha sus factorías y sus astilleros. El problema está en que sus nuevos barcos lleguen a tiempo.

**Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO**

Nuevo bombardeo de los aviones facciosos sobre Barcelona, nueva hemorragia de la población civil. ¿Y para qué? Las bombas repartidas casi siempre a voleo; al azar; parece que sin otro propósito que el de sembrar el terror. Pero la siembra mortal, aunque derrumba edificios y destruye cuerpos de criaturas inocentes, no fructifica. El terror, en la medida que podría constituir una ventaja para los autores del abominable crimen, no se produce. Hay víctimas, corre la sangre en abundancia, cada atentado levanta un clamor de indignación y de horror. Pero la retaguardia resiste estoica aquí como en toda la España republicana, galvanizada durante un año largo por el ejemplo maravilloso de Madrid. Se han templado los ánimos, hay fortaleza moral y tensión muscular para soportar la prueba una y otra vez sin el menor desmayo. Y el efecto nervioso perseguido por los bandidos del aire no aparece.

No lográndose con la granizada casi cotidiana de proyectiles aéreos intimidar a los no combatientes, hemos de atribuir a un ruin sentimiento de venganza la insistencia del mando faccioso en ordenar el bombardeo de ciudades abiertas. Se ha podido observar, en efecto, que arrecian las agresiones por el aire a la retaguardia cuando la marcha de las operaciones en el frente no es favorable a los rebeldes como ahora acontece en Teruel. Tenemos delante un enemigo que no sabe perder y que mata por matar en arrebatos de odio infernal humano. Esos arrebatos, esos ensañamientos de bestia carnívora, han llevado el luto a muchos hogares; pero pesan ya en la cuenta del enemigo para su fracaso final y absoluto, totalitario como su sistema de hacer la guerra.

Los inventores de esa guerra terrorista, que no distingue entre el anciano y el mozo, entre el hombre y la mujer, entre el soldado y el niño; de esa guerra sin ley, sin derecho de gentes, sin vislumbre de respeto al débil ni al inerme, son alemanes. Nadie enviará la gloria que puede reportarles la teoría de que la nación enemiga es un todo orgánico y que se la debe herir al mismo tiempo en lo militar y en lo civil, para de este modo agotar antes sus medios ofensivos y defensivos. Los alemanes, hasta cuando teorizan, son muy buenos matemáticos, pero muy malos psicólogos. Lo demostraron en 1914, con la invasión de Bélgica, sin que sacaran provecho alguno de aquella experiencia, ni del fracaso de la guerra submarina, que hizo tomar las armas a los Estados Unidos. Y continúan basando sus cálculos científicamente en reacciones del sentimiento humano, que no son las que se producen en el momento escogido para la prueba.

Hasta ahora se ha ensayado la guerra totalitaria sobre negros del África Oriental, sobre amarillos del Asia y sobre blancos de Europa. Los blancos del experimento somos los españoles. Y por lo que se lleva visto, es en España donde van a fracasar estrepitosamente las teorías tácticas de Ludendorff. El Madrid glorioso y mutilado, envuelto en las ruinas de su martirio, ganando fortaleza al largo de catorce meses de bombardeos casi diarios, es el ejemplo más impresionante que encontramos para apoyar lo que acabamos de escribir.

Y no somos jactanciosos. Creemos que igual que Madrid, habrían resistido París, Londres, Nueva York, toda gran ciudad cuyos habitantes, suficientemente civilizados para odiar el crimen con todas las fuerzas vitales de su ser y para poner a la dignidad humana el precio de la vida, han de estimar como deber ineludible el morir luchando contra la regresión a la barbarie. Ello no resta a Madrid ningún resplandor de su aureola, que ostenta por derecho de prioridad, como las demás ciudades de la España martirizada; por haber enseñado al mundo el camino, regado con su sangre, que han de seguir todos los pueblos amenazados por igual infortunio y que no puedan renunciar a la propia estimación.

La guerra totalitaria ha pretendido deshumanizar al hombre. Al hombre que vuela con alas mecánicas. Pero ese hombre, si se emplea en ametrallar desde el aire a seres indefensos e inocentes, descubrirá algún día, liberado de la sensibilidad artificial que le ha encajado el fascismo como un corsé, que es mil veces peor que el verdugo de oficio, cuyo contacto esquivan con horror las personas decentes. Y entonces se habrá acabado la guerra totalitaria.

(«La Vanguardia». Barcelona, 9-I-38.)

## La situación de Teruel...

(Continuación)

hasta este momento unas 12.000 personas. Toda esta masa ha sido rápidamente acoplada en los pueblos de la retaguardia.

Añadió que el Ejército entregó a la jurisdicción civil, entre otras gentes, incluso a un capitán de infantería hecho prisionero en Teruel. Dijo también que no hace muchos días se pasaron muchos rebeldes portadores de importantes documentos. En Teruel se encuentran representaciones de los Ministerios de Justicia, Instrucción Pública, Sanidad, Trabajo, Obras públicas y Hacienda.

—Mi mayor alegría—nos ha dicho Mantecon—la llevé al recoger los documentos de Falange Española y de la Central Obrera Nacional-sindicalista. En algunos de estos documentos, que tienen carácter confidencial, los elementos directores de dichas organizaciones expresan su recelo contra los componentes de los grupos de las organizacio-

nes en cuestión, y sobre la poca seguridad que se podía poner en los mismos, ya que estimaban que el ochenta por ciento de la población de Teruel era adversa al movimiento.

Hablando de las operaciones militares en el frente de Teruel, Mantecon ha añadido:

—Las he seguido de cerca y demuestran una comprobación de la unidad y de la eficacia de nuestro Ejército. Solamente un Ejército surgido de las entrañas del pueblo, unido como el nuestro, hubiera podido escribir esta gesta en las terribles condiciones climatéricas en que se ha desarrollado y se desarrolla la contienda de Teruel.

Ha terminado diciendo:

—Venceremos, porque representamos la libertad y la razón. Y eso —ha añadido en tono irónico—que en una bodega de Teruel nuestros soldados encontraron unos barriles de vino que tenían la siguiente inscripción: «Para celebrar la conquista de Valencia por el Ejército nacionalista.»



# "Tan sólo por romanticismo hemos pretendido salvar Teruel"

(Charla pronunciada por Queipo de Llano ante el micrófono de Radio Sevilla a las 22 horas del día 8 de Enero de 1938.)

Queipo de Llano se contradice; él mismo es una flagrante contradicción. Contradicción pintoresca, alborotada y en quiebra. Don Gonzalo lanza a la noche sus gritos y el eco le responde con una burla. Nadie cree ya sus verdades ni atiende al ofrecimiento de sus pretendidas gangas. La voz de Don Gonzalo — griterío en liquidación, escándalo de almoneda — se enciende ahora en un sentimentalismo postrero, ramplón y suplicante. Don Gonzalo — achaques de la vejez o padecimientos alcohólicos — da en romántico. Romántico a buenas horas. Romántico con pasos a la incierta luz de la madrugada andaluza.

Sentimental trasnochado o pícaro madrugador, Don Queipo desahoga sus múltiples rencores: "...y como citaran entre sus éxitos las derrotas que habían infligido a los italianos y a mí en Guadalajara y en Pozoblanco, yo me reía de ello diciendo que lo mismo en Guadalajara que en Pozoblanco se hicieron unas retiradas para buscar posiciones de espera, para lo cual seguramente habían tenido razones los mandos que las hicieron, como yo tenía mis razones para hacer la retirada que hice en Pozoblanco; pero yo no soy quien, ni tenía motivos, para apreciar las razones que pueda tener el mando de los voluntarios italianos para hacerlo, ni era yo quien para criticarlo."

Ahí termina el párrafo. Don Gonzalo se encoge de hombros y se siente más ágil. Ni él es quien para inmiscuirse en los planes de años generales italianos que invaden su patria, ni tiene por qué explicar los retrocesos de sus tropas en el frente de Pozoblanco. Don Gonzalo se ríe de todo y de todo se exime. Si los proyectos no se cumplen, váyanse con el cuento al diablo. El tiene sus razones para guardar silencio — silencio premeditado de charlatán que mide sus palabras — y sus sinrazones para mantenerse al margen de la derrota. El reclama su derecho a no enterarse de nada; allá quien sea con las culpas del Imperio en declive.

Además, un peso mucho mayor atormenta al ex general obnubilado. "Y hoy sobre Teruel tienen un motivo ya para mentir durante una temporada. No se puede negar que han tenido hoy un éxito, un pequeño éxito, uno de los éxitos que suelen lograr los rojos, a pesar de toda la cantidad de ejército que han reunido en Teruel; gracias a la traición indigna, a la traición de un canalla, a quien por cobarde e inepto se había quitado el mando de la tropa de Teruel desde el día siguiente de la toma."

Maldición contra el teniente coronel Rey d'Harcourt, ayer modelo de caballeros y hoy rendido a las tropas del ejército republicano! ¡Ah!... Queipo no perdona. "Lo que hace falta es que se pueda salvar de las iras de los rojillos para que caiga en nuestras manos y sufra el castigo que merece un canalla y un cobarde."

La exaltada iracundia de Don Gonzalo no cede. Ante el micrófono de Radio Sevilla, el ex general beodo promete venganza. Se balancea, se descompone... miente. Teruel es suyo porque lo es, pero Teruel no es suyo por culpa de un militar cobarde, pero Teruel vuelve a ser suyo porque lo dice él. "La Radio Barcelona dice que con esta entrega puede darse por liquidada la resistencia de Teruel. La plaza es ya por entero de la República y yo afirmo que no."

Afirmación vana, juramento falso. Al instante el ex general perjuro niega y reniega de sí mismo: "Sigan echando las campanas a vuelo aunque hayan tomado Teruel y tan solo por ese éxito que les ha proporcionado la traición."

"Aunque hayan tomado Teruel". ¿Qué es esto, Don Gonzalo? ¿Esto es que su sentimentalismo llorón rompe a destiempo en generosidad o es que se dispone usted de nuevo a aligerarse de otras culpas más graves? "Es más, yo repito — lo he dicho ya varias veces —, que tan solo por romanticismo hemos pretendido salvar Teruel."

¡Sólo por romanticismo!... Don Gonzalo se agacha y recoge una flor. Se la prende en el ojal vacío de una condecoración. El vino que bebe se le hace vinagre del siglo XIX. Asoma en su semblante pálido un síntoma de clorosis. Don Gonzalo desvaría, le toma un mareo..., se reconforta.

No es nada. Simulación o disparate. No es nada. Ya pasa... Lo de Teruel no significa lo que parece. "Aun cuando Teruel cayese en poder de los rojos, es un pequeño incidente, un pequeño detalle."

Queipo respira, por fin, profundo y grave, libre de toda congoja. Se acabaron los dengues, persiste el hipo: "Esperemos que el incidente de Teruel se resuelva, porque la pérdida de una posición de poca importancia como es ésa no es ni con mucho el resultado de la batalla."

Ya pasó. Don Gonzalo — ¡la Virgen de las Angustias vela por él! — se recobra, recobra el color. Y prosigue:

"Ahora voy a contar un cuentecito..."

Cuentecito que, en atención a la exquisitez de estómago y al sosiego espiritual de los lectores, no hay por qué narrar.

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

## Se ha pasado a nuestras filas un pelotón de fuerzas facciosas

Madrid, 8. — Por el frente de Guadalajara, se han presentado en nuestras filas un pelotón compuesto por un sargento, un cabo y quince soldados facciosos. Han manifestado que en la zona rebelde los acontecimientos de estos últimos días en el frente de Teruel han causado verdadera sorpresa y desconcierto, pues se ignoraba que las tropas republicanas tuvieran potencia bastante para conquistar la capital turolense.

También han dicho que el número de bajas que está sufriendo el enemigo en Levante es elevadísimo.

Monseñor Polanco, obispo de Teruel, fué firmante de esa hoja pretendiendo hacer aparecer a la España republicana como nidal del salvajismo y de la intolerancia. El propio firmante de la hoja pastoral de propaganda facciosa tendrá ahora ocasión, al cabo de los días que ha permanecido entre los sitiados de Teruel, prodigando sus rezos y sus bendiciones, de convencerse bajo qué sarta de insidias dió su nombre de autoridad eclesiástica. Cuando contemple cómo nuestras ambulancias, nuestros médicos, nuestros sanitarios cuidan a los heridos; cómo nuestros soldados respetan a cada prisionero; cómo nuestro pueblo acoge a los que han vivido en el horrible cautiverio fascista, tal vez, en razón de su jerarquía de ministro cristiano, podrá convencerse y afirmar el error en que estaba sumido. Investido de los mismos hábitos que aquel otro que razonó la verdad de lo que veía y necesitaba palpar, ahora Monseñor Polanco, obispo de Teruel, podrá, como Santo Tomás, palpar y ver. Y tendrá que creer lo que es ya ante el mundo el gesto hidalgo y sublime de los hombres de la España republicana. De la auténtica España que no puede ser de otra manera y que ha clavado a estas horas en el último reduto conquistado de Teruel la enseña patria.

### NOTAS

## La sorpresa del "nuevo Estado"

El nuevo Estado. ¿no nos reservará alguna sorpresa? Lo que más de una vez se nos ha querido insinuar con esa pregunta, es si el grupo de personas que mantiene la apariencia de un Estado en la España invadida estarán elaborando, a favor de un arbitrio absoluto, una legalidad nueva capaz de encandilar a las masas populares y medias. ¿Son aptos para un trabajo de esa naturaleza las personas a quienes el general Franco ha investido con una delegación de su autoridad? La respuesta, por mucho que la objetivemos, es negativa. No existe el menor riesgo de sorpresa. Una curiosidad legítima nos ha llevado a examinar, minuciosamente, el periódico oficial de Salamanca. Todo lo que él refleja se caracteriza como una caricatura lamentable de la «Gaceta» de la República: nombramientos, destituciones, órdenes, citaciones... y decretos. Lo primero, una ilusión de autoridad; lo segundo, algo lamentable. Lamentable de fondo y de forma. Cuesta demasiado esfuerzo reprimir la hilaridad al acercarse a los decretos que firma el generalísimo. ¿Quién se los hace? ¿Algún deficiente mental? El copioso caudal de tópicos del que los colaboradores literarios de «Blanco y Negro» se vieron en la necesidad de operarse, por resultar indeglutibles hasta para los lectores heroicos, revive íntegramente en el periódico oficial de Salamanca. La exhumación de una vieja literatura arrugada y lacia no se hace en favor de ideas y conceptos de contornos novísimos; ni siquiera, y es lo más lamentable, de conceptos viejos susceptibles de producir una pasión nacional. Se hace, contra la esperanza de los propios falangistas, para lustrar empolvados recursos alegres de quien manda en Salamanca, deseoso de cubrir su déficit de autoridad con órdenes y corporaciones refulgentes y barrocas, que le permitan pensar en futuros desfiles vistosos. Franco comienza por donde acabó Napoleón. ¿Temor a que le falte el tiempo? Posiblemente. Su estrella, ¿no ha comenzado a declinar? ¿Acaso no es ahora, más que el generalísimo «el calvo», esto es, aquel «a quien no se le ve el pelo»? En tan mísera broma ha venido a caer el prestigio de ayer. El calvo, y sólo el calvo, ese es su título popular hoy, y si por azar alguien con suficiente ingenuidad pronuncia su título de ayer, «el generalísimo», surgen inexorablemente, entre las sonrisas irónicas de los que están en el secreto, «el hermanísimo» y «el cuñadísimo», las dos piezas maestras del nuevo Estado: Nicolás Franco y Serrano Suñer, mentores constantes del «jefe». Queda excluida toda posibilidad de sorpresa por parte del nuevo Estado. ¿Podría suceder de otro modo? Sí, desde luego, si en el nuevo Estado se hubiese comenzado por abrir un leve crédito de confianza al sector juvenil representado por la Falange. Esta merecerá, por unas u otras razones, nuestra enemiga; pero está claro que en el cuadro clá-

sico de la España tradicional—burguesía feroz, autoridades brutales y ejército pretoriano—la Falange podría representar un brote de modernidad. Una modernidad alucinada, absurda; pero, al fin, modernidad, y como tal recusable y recusada por los rebeldes. Estos tomaron de la Falange su impulso combativo, su pasión juvenil, y rechazaron toda posible ingerencia en la gobernación del nuevo Estado como manifestamente peligrosa. Tal desestimación, solapada al comienzo, descarada más tarde, fué comunicada a los frentes, donde el fervor combativo cedió ante la sospecha de que la Falange se hubiera equivocado, adscribiéndose precisamente a un movimiento militar inconciliable, de fondo, con sus sueños más literarios que políticos. Y es que un día, con más calma y, desde luego, con plena objetividad, esto es, sin enojos previos, nos daremos a mirar en qué proporción Primo de Rivera se movió por resortes literarios antes que por emociones políticas. Cualquiera que el dictamen sea a este respecto, lo seguro es que la Falange se siente desterrada moralmente del nuevo Estado, cualesquiera que sean las apariencias que simulen lo contrario. Apariencias y sólo apariencias. En lo de nuevo, ni apariencias. ¿No es acaso índice de esta verdad la presencia de Martínez Anido al frente de las fuerzas represivas? Olvidémonos, si ello es posible, de lo que Martínez Anido es, para nosotros, como promesa de violencia, para fijarnos en lo que representa como realidad adversa para la Falange. Su enemistad por ella se siente estimulada y, posiblemente, gratificada. A sus años, y en sus ideas sobre la autoridad, no habrá nadie capaz de congraciarse con una fuerza que aspira a administrar y dirigir un movimiento nacido en los cuartos de bandera de los cuarteles. La rebeldía de los cuarteles está vinculada a lo que el propio Martínez Anido con sus años de escalafón en el generalato representa. Se comprende bien que no quiera saber absolutamente nada de cuanto la Falange se propone. Y que quiera saber justamente aquello que la Falange no se propone. Los métodos de trabajo de Anido siguen siendo los que fueron. Su concepto de la autoridad se lo han reforzado en Salamanca. Nada, pues, tiene de sorprendente que los epígonos de Primo de Rivera se hayan visto empujados a la clandestinidad. Son muchos los que precisan ocultarse para vivir y bastantes los que han necesitado buscar en Francia la seguridad que les negaba el nuevo Estado, y desde Francia hacen señas a sus compañeros para ilustrarles sobre cuál debe ser su conducta. Y bien, ¿qué otra cosa mejor podía desear Martínez Anido para dar comienzo, sobre base verosímil, a sus trabajos, a sus especialísimos trabajos? Ya está en marcha la complicada máquina de un complot contra el nuevo Estado, que, como otros complots del mismo autor, pueda dar

de sí cuanto se desee. Persecuciones, fugas, encarcelamientos, deportaciones, sentencias... Martínez Anido se ha puesto en condiciones de sacarse de la manga de su uniforme cuanto de Salamanca le soliciten. Su colaborador de otros tiempos, Arlegui, está superado. ¿Qué es lo que de Salamanca le pedirán? Esta es toda la incógnita; pero es una incógnita con bastante poco misterio. Salamanca le formulará, cada día con más apremio, esta demanda: que apunte al prestigio del generalísimo. Que lo afirme, con artes de crueldad, contra su propio inexorable descrédito de militar sin doctrina, a quien la adulación le ha construido una corte pequeña. Semillante petición inducirá a Martínez Anido a producirse contra alguien, ya que lo suyo nunca ha sido afirmativo y sí negativo. La sorpresa, pues, que reserva el nuevo Estado se la reserva a quienes le dieron el nombre de nuevo: a los falangistas, que van a repetir la anécdota del alguacil alguacilado, con variantes, no de ridículo, de dolor. Este, por lo que tiene de maestro, les aleccionará sobre la justicia de movimientos que, sin conocerlos, menospreciaron.

La pequeña corte de Salamanca, corte de generalísimo, hermanísimo y cuñadísimo, ha confiado su seguridad y permanencia a la capacidad siniestra de Martínez Anido. Es para tener dudas sobre el acierto de la elección. En el nuevo Estado el dolor está más barato que la paciencia, y la vida humana más barata que el dolor. Las almas han sido anuadas para hacer la guerra y no es presumible que quienes participaron como ejecutores en las matanzas de Badajoz y Valladolid, se arredren demasiado ante apellidos que en los días apacibles tenían resonancias apocalípticas. Martínez Anido, cruel, pero valetudinario, no puede suscitar temblores; sus maquinarias para lo policiaco están expuestas a no funcionar. Hay, no se olvide, demasiados fusiles en la calle y demasiada cargazón en el ambiente. La literatura oficial de Salamanca se resistirá a considerar el caso y no hará nada por examinarlo públicamente; pero esa resistencia no supone otra cosa que debilidad y esperanza en que el problema desaparezca por sí mismo. ¿Puede ocurrir esto último? De cierto que no. La velocidad del descrédito es mucha. El volumen de las rebeldías interiores, considerable. Y el soplo que los vivifica llega de lejos. De un lugar y de una persona contra la que nada pueden los secuaces de Martínez Anido: del cementerio donde fué enterrado el que los falangistas llaman el Ausente. En su nombre se han alzado contra el predominio que en el famoso nuevo Estado les ha sido concedido a los oligarcas de la vieja política. Este alzamiento, que por ahora no pasa de espiritual, es el que Martínez Anido ha recibido el encargo de destruir «con las artes y medios que a su buen juicio procedan».

FERMIN MENDIETA  
(«La Vanguardia», Barcelona, 9-1-38.)



# De la dictadura de Costa al tirano Oliveira Salazar

Por LUCIANO DE SOUSA (\*)

Salazar, el dictador que el drama español lanzó ruidosamente en la pantalla de la actualidad política internacional, no conquistó el poder por un golpe de audacia, como mucha gente puede suponer.

La llamada aflicción de una dictadura que agonizaba lentamente al cabo de dos años de gobierno caótico, lo llevó al Ministerio de Hacienda en 1928.

Hasta entonces desempeñaba modestamente la cátedra de economía política de la Universidad de Coimbra. Unos artículos publicados en el diario católico-monárquico «Novidades», de Lisboa, fueron su indirecto ofrecimiento al gobierno militar que Carmona presidía.

Lo llamaron. El opus ficticia resistencia: Era un enfermo, prefería que le dejaran tranquilo, le gustaría seguir en la Universidad de la romántica ciudad del Mondego, y pasar las vacaciones estivales en su retiro de Santa Comba Dao...

Pero o el momento era apremiante o los dictadores comprendieron su mal disfrazado deseo.

El caso es que el catedrático dejó de dar lecciones en la lusa Atenas para instalarse en el Terreiro do Paço.

Pidió «mano libre» para restaurar la finanzas. Impotente para encontrar en su seno persona dispuesta a hacerse cargo de la cartera de Hacienda (conocido el retumbante fracaso de la administración militar de Sines de Cordes), el Ejército accedió, no ocultando, sin embargo, el disgusto que le causaba la intromisión de un civil en sus asuntos.

Las primeras medidas de Salazar hirieron al militarismo. Pero el caos reinante favorecía al embrionario dictador. Las protestas se acallaron. Días de calma. El nuevo ministro preparaba los planes maquiavélicos que su mentalidad enfermiza iba produciendo...

Pasó noches enteras examinando las cuentas del Estado, alineando columnas, mezclando números, haciendo presupuestos.

De este minucioso examen salió la conclusión que cayó como una bomba entre los jefes militares:

«Para equilibrar las finanzas era necesario que todos los ministerios se subordinaran al de Hacienda.»

Una ola de indignación acogió su propuesta. Carmona vióse impotente para calmar la ira de sus colegas de gobierno. Les parecía increíble que el «profesor» se atreviera a tanto. No obstante, la propuesta salazariana estaba bien clara: «Todo o nada».

La dictadura pasó horas angustiosas. Si las condecoraciones de sus uniformes no hubieran temido apagarse tras el «frac» de un civil, la respuesta no habría sido tan terminante.

Salazar recibió el «no» con esa sonrisa fría y enigmática que revela la aridez de sus afectos.

Preparó las valijas y partió... para que, pasados pocos días, le fueran a buscar de nuevo a su retiro.

Desde ese momento, Antonio de Oliveira Salazar, ex seminarista, implantaba su dictadura dentro de otra dictadura. En un estado de guerra asistía a esta cosa curiosa: Un civil conseguía imponer su voluntad al ciego despotismo de los militares.

Mal sabía el comandante Mendes Cabecades, cuando, después del golpe de mayo de 1926 y a fin de evitar derramamiento de sangre, conferenciaba en Sacavem, con el general Gomes da Costa—que iniciara en Braga su marcha sobre la capital—que su pacto con el jefe de las fuer-

zas revolucionarias del ejército originaría una cruel y sanguinaria dictadura.

Si hubiese hecho caso a las advertencias de sus correligionarios—quienes le aconsejaban la resistencia—, Portugal no lamentaría hoy la pérdida de muchos riles de sus más ilustres hijos.

Pero Mendes Cabecades no previó el súbito cambio de los acontecimientos al hacer prometer, bajo palabra de honor, al jefe del Cuerpo Expedicionario Portugués en Francia, durante la gran guerra, que el Gobierno dictatorial no se prolongaría luego que la pacificación del sector político fuera un hecho.

Gomes da Costa empeñó su palabra, es cierto. Pero, infelizmente, ya Oscar de Fragosa, Carmona y otros generales, en cuya carrera jamás se vislumbró cualquier hazaña que los impulsara a la admiración de sus soldados, esos generales que en tiempo alguno desenvainaron su espada en el fragor de una convulsión bélica, habían preparado la traición. Detuvieron al gran guerrero, que deportaron a las Azores, donde sucumbió. Los usurpadores lo ascendieron a mariscal... ¡en el exilio!

Fué entonces cuando la dictadura militar inició la era de feroz represión que culminó con la aparición de Salazar en la política portuguesa.

Los primeros tiempos del Gobierno salazarista, los empleó el «profesor» escogiendo sus alúcos. Y los encontró en la podredumbre de la sociedad lusitana; porque los verdaderos patriotas, los que habían hecho el 28 de mayo para terminar de una vez con los continuos escándalos del Parlamento, al darse cuenta de las siniestras maniobras salazarianas, se alejaron honestamente de él. Apenas quedaron los incompetentes, los oportunistas, los que estaban dispuestos a acatar incondicionalmente las órdenes tiránicas de su revoltosa omnipotencia...

Poco después la nación asistía horrorizada al brutal cercenamiento de todas las libertades cívicas.

Amordazada la prensa, prohibidas las reuniones, acalladas en sangre las protestas del pueblo hambriento, lanzados en las lóbregas mazmorras de los más inmundos presidios del país los descontentos, condenados a trabajos forzados bajo el clima mortal del Cabo Verde los líderes que no quisieron ocultarse ni doblegarse, enviados a las inhospitalarias regiones de otras colonias los restantes, el régimen de terror empezó desenfrenadamente.

Salazar escribía con los sufrimientos de sus víctimas el capítulo infamante, la página negra de la historia de una nacionalidad con casi nueve siglos de existencia.

Las «razzias» sucedíanse hora tras hora, abriendo paso al plan monstruoso de un cerebro enfermo, de una mentalidad anormal: el renacimiento del obscurantismo medioeval.

La Policía de Defensa del Estado, creación diabólica de Salazar, inspirada en el sadismo de la Inquisición, al abrigo de la más descarada impunidad, cometía toda clase de crímenes.

Sus miembros eran reclutados en todas las categorías sociales, desde el «austero» magistrado hasta el más miserable de los «cirujas», y hubo gananciosos dispuestos a apoyar los criminales designios del siniestro engranaje policíaco.

Los barrios de Alfama, Mouraria, Barrio Alto y otros en cuyo seno se amontonan las clases laboriosas, se

vieron invadidos por cientos de rameras y «maquereaux», bien instruidos sobre los «servicios» que de ellos esperaba la odiada organización.

En el ejército y en la armada, los jefes, ya fuera su hoja de servicios intachable o su patente la más alta, sentíanse estrechamente vigilados por sus subalternos.

Las manifestaciones obreras, aun las más pacíficas, eran ahogadas en sangre. Al pueblo que pedía pan, Salazar le regalaba el plomo de sus ametralladoras y las cargas de su caballería.

Para los grandes industriales y comerciantes que no manifestaban públicamente su adhesión al Estado Nuevo (?), tenía él un arma poderosa: los impuestos, que aplicaba arbitrariamente, según sus simpatías o antipatías.

Pero los desmanes de su política fueron pronto del dominio público. A pesar del forzado silencio, las torturas y los asesinatos de la Gestapo salazariana eran de tal orden que algunos de sus mismos miembros se sintieron aterrados.

Salazar comprendió que ni las deportaciones en masa, ni los «suicidios» de los presos, ni las matanzas de la «ley de las fugas» atemorizaban al pueblo.

Siete movimientos revolucionarios, sin contar las innumerables rebeliones aisladas populares, revelan la falsedad de las notas oficiales, según las cuales «¡reina tranquilidad en todo el país!»

Comprendió asimismo que los millones derrochados con el infernal funcionamiento del aparato que se llama Policía de Defensa del Estado, eran insuficientes.

Era necesario mucho más para neutralizar los efectos de los crímenes de sus sicarios.

¿Cómo? La subida de Hitler en Alemania le dio la clave: Quizá la salvación estuviese en el establecimiento de un departamento de propaganda.

Pero los Goebbels no abundan en Portugal.

Sus primeras gestiones fracasaron rotundamente. Ningún intelectual de valor quiso arriesgar su reputación en la farsa.

Y el dictador no tuvo más remedio que lanzar su mirada hacia Antonio Ferro, periodista venal, a la sazón redactor del «Diario de Noticias», de Lisboa.

Era el hombre indicado, el hombre con real vocación para alabar a cualquier tirano.

Hacia años que Ferro venía ofreciéndose sistemáticamente a los «premiers» para hacer la propaganda de sus gobiernos y de sus personas, siempre infructuosamente.

La dictadura, régimen de violencias odiosas al pueblo, viviendo más de apariencias que de realidades, intenta animar a la nación con un «bluff» de publicidad laudatoria, en que Salazar invierte ríos de dinero arrancados al erario público.

Están todavía en la memoria de todos los portugueses, las asquerosidades contenidas en la serie de artículos publicados en esa oportunidad por Antonio Ferro en el «Diario de Noticias», bajo el título general de: «Salazar. El hombre y su obra».

Estas crónicas, que despertaron la indignación de todo el país, habían sido precedidas de un editorial, del citado diario, intitulado «Sebastianistas».

Sebastianistas fueron los portugueses que nunca creyeron en la muerte de su rey, D. Sebastián, desaparecido

## Italia está dispuesta a invadir Inglaterra, según «Il Popolo»

«Il Popolo d'Italia», en uno de sus últimos números, pasa de sus habituales insultos a las amenazas y escribe lo siguiente:

«Volvemos a los tiempos que Roma dió leyes al mundo y también a aquella Bretaña que César invadió, no solamente con sus legionarios, sino con sus artesanos y los colonos de Roma, para dar impulso a aquella primitiva industria que más tarde había de enriquecer a Inglaterra.»

El periódico de la familia del «Duce» concluye: «La Historia se repite; es preciso saber interpretar sus leyes inviolables y alzarse a sus consecuencias, si no se quiere ser esclavo de la misma».

El pueblo italiano se pregunta qué ventajas pueden conseguirse y qué consecuencias pueden derivarse de los ataques de la prensa italiana contra Inglaterra y contra Francia, y ahora también contra los Estados Unidos y demás pueblos democráticos; ataques que solamente pueden conducir al aislamiento de Italia, a exponerla a graves peligros y llevarla a la ruina.

en la batalla de Alcázarquivir, en Africa, en los comienzos del siglo diecisiete.

En su artículo, Antonio Ferro burlábase de los sentimientos democráticos de los republicanos portugueses, en forma cruel.

Levantó el guante Arturo Inez, quien en las columnas del diario de la tarde «República», supo responder dignamente, aunque semimanifiestado por la censura, a la insidia. Esperaban los lectores del diario vespertino que al día siguiente publicaría lo que prometió Arturo Inez; pero los aristarcos de Salazar vigilaban por la integridad «moral» del futuro penegirista del dictador...

«República» recibió instrucciones concretas de la Comisión de Censura a la Prensa, y la polémica, que prometía ser el derrumbamiento completo del súbido «nacionalismo» de Ferro—nacionalismo que podría medirse con tentadores escudos...—silencióse.

Lo cierto es que la prueba a que sometiera al indigno periodista, agradó a Salazar. Su bien conocida venalidad constituía su principal mérito. Un hombre por cuyo cerebro jamás soplara una ráfaga de idealismo y que sólo escuchaba las exigencias de

su adiposo vientre, tenía su destino marcado: la dirección del Secretariado de la Propaganda Nacional.

Como secretario eligió Antonio Ferro un escriba fallado y «snob» Antonio Eça de Queiroz, hijo de gran escritor lusitano. Al frente de los servicios de información y prensa fué colocado otro fracasado: Arturo Maciel.

Y así quedó formada la trinidad sobre la cual caería la maldición de los obreros del cuarto poder.

La creación del Secretariado de la Propaganda Nacional vino a revelar una nueva faceta de la compleja personalidad de Salazar: ¡su vanidad incommensurable!

Su acción, dentro de las fronteras y en el exterior, ha sido y sigue siendo demasiado vasta para que de ellos nos ocupemos ahora.

Enunciaremos apenas su principal misión: Propalar que Portugal, bajo el signo del Estado Nuevo, es un paraíso, y que todo se debe a Antonio de Oliveira Salazar.

(«La Hora». Chile, 11-XI-37)

(\*) Periodista portugués, actualmente en Buenos Aires, expatriado por las persecuciones de la dictadura portuguesa.

## Una actitud imperdonable

Es indignante el espectáculo que estamos presenciando de cómo las naciones democráticas ceden terreno al monstruo fascista

A medida que las democracias mundiales prosiguen su política de aislamiento, las potencias fascistas se unen cada día más para la batalla decisiva.

El fascismo no duerme. No pierde el tiempo en hablar. No se deja comprometer por tratados internacionales, ni le sujetan el brazo las protestas de la humanidad.

Ni la Sociedad de Naciones, ni cualquiera otra agrupación de potencias amedrenta a la fiera.

Cuando Mussolini decidió ensanchar sus dominios coloniales, la acción acompañó a sus propósitos, y no tardó en hacerse dueño del Imperio de Etiopía. No podía, en este caso, alegar el peligro comunista como pretexto a este flagrante acto de rapiña, ¿pero qué le importan a Mussolini los pretextos?

¿Será la idea de vencer al comunismo lo que preocupa al Japon en su conquista de China?

¿Y en España, qué justificación encuentran los jefes del fascismo y del «nazismo» para la horrible matanza que allí están perpetrando? El comunismo, desde luego, porque para ellos las naciones que no se rigen por su bárbara cartilla, son comunistas.

La gran verdad es que estos dictadores están extendiendo sus tentáculos hacia donde presienten ventajas materiales para sus ambiciones.

Sus propios países se hallan exhaustos, sus tesoros agotados. Su único recurso consiste en expoliar a

las naciones más ricas, mientras no se las oponga resistencia.

Temiendo estas contingencias se constituyó la Sociedad de Naciones, la cual hace mucho tiempo que murió. Hubiera sido un instrumento efectivo para la protección de los países pequeños y débiles, si en vez de piadosas resoluciones y protestas convencionales, las democracias que la dominaban hubiesen aplicado, sincera y enérgicamente, medidas de represión contra los agresores.

La substituyó el Comité de No Intervención, en el caso de la rebelión de Franco contra el Gobierno español, y el Comité de las Nueve Potencias, para resolver el conflicto chino-japonés. Resultaron otras tantas farsas de resoluciones inútiles, representaciones suasonas y protestas vanas.

Y, mientras tanto, el fascismo se fortalece, se extiende y prosigue sus matanzas y sus saqueos, hundiéndose al mundo en un océano de sangre y a la humanidad en la vorágine de la esclavitud.

¿Cuándo despertarán las democracias del marasmo en que se encuentran?

ALVES RODRIGUES

(«La Voz», Nueva York, 29-XI-37)

ESTE DIARIO SE  
REPARTE GR-  
TUITAMENTE